

Dolors

—Dolors, amor, coge todo lo que puedas, lo que creas que -podamos necesitar. Mira también entre las cosas de tu madre, algo encontrarás. Algún abrigo, yo qué sé, tú misma, piensa, amor mío, piensa... Hará frío, Dolors, mucho frío. Mete aquí todo lo que puedas. Alguna manta, calcetines gruesos, cosas de abrigo... Ya sabes.

Su voz es orden y es súplica. De pie junto a la puerta me alarga dos maletas de madera que a duras penas consigo abrir y se marcha. No va a ayudarme.

Parece ocupado, pero sé que no lo está. Está aterrado, medio muerto de miedo, como yo, desbordado por nuestra presencia, y solo, mortalmente solo. Huye de mí, no desea mirarme a los ojos y reconocer en ellos su incapacidad, su debilidad, su propio espanto. Él tampoco sabe qué debe hacer ni por dónde conviene empezar. Yo no pregunto, no debo. Sé que muchos otros, amigos, vecinos y algún pariente, cruzaron la frontera días atrás. Centenares de personas escapan a Francia con lo poco que pueden acarrear antes de que los fascistas entren en la ciudad. Mi padre asoma la cabeza por la puerta y, de nuevo, me advierte:

—Piensa que encontraremos mucho frío. Pon chaquetas, bufandas, todo lo que se te ocurra. Y zapatos con buenas suelas.

¡Zapatos con buenas suelas! Si me quedaran ganas de reír... Parece ignorar que la lluvia traspasa ya todos nuestros zapatos que reforzamos desde hace días con cartones. Tampoco recuerda que ninguna de nuestras chaquetas, si alguna prenda nos queda digna de ese nombre, nos pertenece. Abro el armario en el que mi madre guardaba su ropa y lo tiro todo sobre la cama. Me siento tan perdida que no consigo decidir. El temor a equivocarme me paraliza y noto que me cuesta respirar como si las prendas que huelen a polvo y a días pasados me robaran el aire. Las polillas han malogrado ya algunas cosas, pero podré aprovechar su abrigo. Sus zapatos bajos también nos servirán y con suerte alguno de sus vestidos de lana. Encuentro alguna prenda fina, dos bufandas, una chaqueta roja muy gruesa que tejió ella misma, tres pares de medias de lana y algo de ropa interior que decido guardar en una de las maletas.

Recorro uno tras otro todos los armarios, abro los cajones y saqueo hasta el último rincón buscando ropa de abrigo que pueda aprovechar. Hace meses que no compramos nada y todo me parece demasiado pequeño y demasiado roto. Debo escoger y lo hago. Mi hermano se cuelga entre mis piernas, se cuelga de mis brazos y pregunta una y otra vez por qué lo revuelvo todo. Le pido a gritos

que me deje en paz, le repito que estoy ocupada, le ruego por lo que más quiera que me deje tranquila. Sé qué es lo que más quiere, pero lo ha perdido ya. Y eso, mal que me pese, no tiene remedio.

Bajo la mirada e intento borrar mis últimas palabras. No quiero que le duelan. Debe entender que no puedo jugar. Quiere saber a qué viene todo este desorden, le extrañan las prisas, la repentina agitación de los rostros y de las voces y el semblante sombrío de papá.

Pregunta a dónde nos dirigimos y yo no puedo explicarle que tenemos un largo y frío camino por delante, que tras unos kilómetros en automóvil deberemos esperar durante horas y que quizás, si nos acompaña la suerte, podremos ponernos a salvo en un país del que no conocemos apenas nada y en el que, así nos lo han asegurado, la luz eléctrica alumbrará en las casas puntualmente cada anochecer. Un país en el que no suenan las alarmas ni te obligan a salir corriendo a medianoche, helada de frío y de angustia, camino del refugio. No puedo hablarle de la penuria que nos aguarda, ni del suelo duro de las cuerdas sobre el que deberá dormir, ni de la indiferencia que encontrará demasiado a menudo clavada en las miradas ni de las voces airadas y arrogantes que no logrará entender.

No puedo contarle, porque todavía no lo sé, que pasaremos allí lo que resta del invierno y casi toda la primavera hasta que, hacinados, exhaustos y sudorosos crucemos entre vómitos el océano en un barco que parece el vientre inmenso de una ballena y que huele a pescado podrido. Deseo tranquilizarle y acallar su miedo y el mío. Pero no puedo, aunque quisiera, hablarle todavía de los delfines que tendrá ocasión de jalar alborozado desde la cubierta, ni de la extensión infinita y mágica del océano, ni de una tierra nueva, ni de...

—Quizás mamá nos está esperando —dice en voz baja mi hermano, que afirma una y mil veces entender que mamá ha muerto y que no debe aguardar su regreso.

Despechado por mi silencio y mi evidente mal humor sale de la habitación y desde el pasillo me grita:

—Cuando volvamos a casa no te dejaré dormir conmigo.

Callo, no tengo tiempo ni ganas de discutir con él ni de perderme en explicaciones vagas que no deseo dar. Joaquim siente un miedo impreciso a encontrarse solo, pero está creciendo muy deprisa y ha aprendido a negar muchas cosas, a explicar siempre las verdades a medias y a aferrarse ciegamente a sus propias mentiras; las benditas mentiras que le sirven para sobrevivir. Afortunado él, pienso. Bien sabe que cada madrugada, completamente adormecido a pesar de los muchos fantasmas que se conjuran para perturbar su sueño, reclama sollozando mi presencia. No ignora que atravieso el pasillo, descalza y aterida, y que me deslizo entonces en su cama, demasiado estrecha y demasiado dura, y le abrazo en silencio para que no se despierte. Sus sábanas, todavía más frías que las que acabo de abandonar, nos cobijan hasta que llega el día, y con él más frío, más hambre y más miedo. A veces, en la oscuridad de su cuarto, le susurro palabras dulces o

simplemente repito, en voz muy baja, su nombre, cómo hacía ella  
—Joaquim, vida mía. Quimet, cariño. No tengas miedo, Quimet, amor mío. No has de tener miedo, Quimet.

Es entonces cuando, de tarde en tarde, mientras me estrecha la mano o acaricia mi pelo, mi hermano me llama: mamá.

Isabel observa cada uno de mis movimientos, está tensa y asustada, detesta los cambios, las sorpresas, huye todavía —a sus doce años— ante los desconocidos y baja la mirada para no verse obligada a entablar conversación con nadie. Su timidez es enfermiza, como lo es su silencio y la tristeza insondable de sus ojos de huérfana. Tiene la mano en el escote, acaricia con sus dedos largos y muy delgados una medallita dorada, regalo de la abuela, con la figura de una virgen joven que protege entre sus brazos a un niño. Pienso que ella desea ser ese niño, un bebé confiado que ve pasar las horas entre los brazos de la madre. La reconforta aquella imagen grata, tranquilizadora, una estampa propia del paraíso infantil que Isabel ha perdido para siempre entre gritos, bombas y desolación. Tiene ojeras, siempre tiene oscuras ojeras en torno a los ojos, como para subrayar su aflicción. Si me paro a pensar, y no quiero ni puedo hacerlo, lo único que sé de ella es que está afligida.

Vuelve a guardar, después de plegarlas torpemente, cada una de las prendas que rechazo en el interior de los cajones y se lleva de nuevo la mano a la medalla que la acompañará toda la vida. Encuentra la seguridad que reclama a gritos en una disciplina sin interrogantes, sin fisuras, sin aire. No pregunta. Me mira. Confía en mí, me obedece, necesita hacerlo. Soy, y lo sé, lo más parecido a su virgen-madre. Su silencio es su manera de depositar en mis manos todo lo que le resta, los días por llegar. De nada serviría decirle que no volveremos jamás a esta casa y que nada de lo que en ella quede nos pertenecerá dentro de unas horas. Que nada importa si la ropa vieja que no podremos conservar va a parar al suelo o permanece arrugada en el fondo de un cajón.

Isabel es creyente, como la abuela. Reza a solas, casi a escondidas, cada noche y llora amargamente por no haber recibido la comunión en un templo. Cree, la pobre, hallarse en pecado. Sor Isabel, como la llama mi padre, tiene siempre las lágrimas recogidas entre los párpados, bien dispuestas junto al filo de sus ojos y, sólo muy de tarde en tarde inicia una conversación. Es cierto que responde educadamente cuando le preguntan, pero también lo es que, en ocasiones, su voz es tan queda que no aciertas a entender sus palabras. Isabel no desea irse, no quiere conocer a otras gentes ni contemplar otro paisaje más allá de las paredes de esta casa, la única en la que cree poder vivir. Más allá, el infierno de lo desconocido.

Está aterrorizada, enmudecida, paralizada por un miedo que se ha depositado desde hace meses sobre su pecho y que a menudo la obliga a respirar muy deprisa, como si temiera ahogarse.

—¿Vendrá la abuela? —me pregunta armándose de valor mientras roza con

las yemas de sus dedos el rostro de la virgen en un gesto muy leve que se convertirá pronto en un automatismo.

—No, va a quedarse con el tío Ángel. Al fin y al cabo es su hijo. Hasta los fascistas tienen madre, no lo olvides. La abuela es demasiado mayor para viajar y con él no tiene nada que temer. Ya sabes de qué pie cojean. No se hacen daño entre ellos. La abuela estará bien, mejor que tú y que yo, de eso puedes estar segura. No sufras por ella. Además, piensa que rezará por ti. Isabel, que ha crecido junto a la abuela Roser, no sabe de filiaciones políticas ni de compromisos ideológicos. No sabe que el tío Ángel, su hijo favorito, la prolongación de sí misma, es párroco en un pueblo cercano y la protegerá. Desconoce que, siendo la abuela contraria a la República y a sus “desmanes”, no tiene nada que temer de las tropas que a punto están de ocupar la ciudad devastada.

Mi hermana odia la guerra por todo lo que le ha robado, porque ha perdido su niñez entre refugios y alarmas, entre misteriosas idas y venidas y entre veladas y continuas amenazas. Detesta intensamente la guerra porque lo ha desbaratado todo, porque ha dislocado definitivamente su mundo y porque la ha obligado a crecer a destiempo. Y sobre todo la odia porque la guerra, en forma de metralla incrustada en el vientre y en las piernas, se ha llevado a mamá. Primero se llevó su sangre, derramada en mitad de la calle, para instantes después arrastrar consigo su último aliento. Isabel se quedó allí, paralizada ante un portal cerrado a cuyo interior no pudieron acceder. Junto al cuerpo inerte de mamá que le sirvió de parapeto. Desamparada y sola junto a la madre tendida que había dejado ya de sujetar su mano.

Cierro como puedo las maletas que parecen a punto de reventar e intento acarrearlas torpemente hasta el comedor. Isabel se acerca a mí y arrastra con ambas manos una de ellas, la más pequeña. Papá está esperando sentado a la mesa con la cabeza baja apoyada en su mano. Junto a él, sobre la gran mesa de caoba, aguarda una enorme bolsa de tela, un saco negro y atestado cuyo contenido no conozco. Era de mamá la utilizaba cuando salíamos a comer al campo.

—En ella cabe el mundo entero —decía—. Y con tanto crío una nunca sabe lo que puede necesitar.

Parece, como siempre, absorto, intensamente concentrado en pensamientos etéreos, en fantásticos proyectos para el porvenir. El mundo entero, repite para sí. Mi padre eleva la mirada e intenta sonreír.

—No tardarán en venir —dice y baja la vista de nuevo—. Espero que ese chisme aguante.

Me siento a su lado y espero al amigo de papá que nos ayudará a abandonar el país.

Todavía no sé que en mitad de un océano infinito naufragará para siempre mi nombre, Dolors.